

Rafael López Castro

Concierto de cámara

Bárbara Jacobs

Bárbara Jacobs hace una reflexión sobre el trabajo fotográfico de Rafael López Castro que prologa la exposición Correspondencias de Vicente Rojo. La obra de ambos artistas se muestra en el Centro Cultural Indianilla hasta el mes de septiembre.

Si yo fuera Robert Walser acompañaría la *Oda a un botón* con una apología a la mano. ¡Tiene tanto que ver la mano con el arte y el artista! Todo el cuerpo tiene mucho que ver con el espíritu y por lo tanto con el arte. Qué harían: el oído de un compositor sin la mano o la voz, los ojos de un pintor o de un escultor sin la mano, sin la mano los ojos de un fotógrafo o de un arquitecto. Qué sería de un bailarín cojo o manco, o de un pianista. En todo caso, no hay escritor al que no le guste caligrafiar. Al reconocer cómo le gusta la caligrafía se anima a escribir. A veces pienso que si un manuscrito es bello vale por sí mismo, sin importar su contenido, aunque no creo que una caligrafía fea dañe en ningún sentido un escrito extraordinario, esto es lo bueno y lo misterioso del arte, en oposición a la cualidad que valida las ciencias, las humanidades, la tecnología y hasta la electrónica. En la libertad de la imprecisión los aventaja el arte, en la forma particular que tiene de transmitir la verdad aun si no parece verdad lo que transmite. El arte cuando es arte se salva porque su definición no es precisa. El arte es la forma bella de la realidad y por eso no se parece del todo a la realidad. Nadie podría asegurar con exactitud qué es bello, por ejemplo, y la belleza es precisamente lo que define al arte y lo distingue de lo que no lo es. Por suerte, el concepto de belleza es amplio, además de enigmático. Para que De Quincey titulara un trabajo suyo *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, se necesita ser artista. O loco. Pueden ir juntas estas dos

condiciones, y hay artes que logran desarrollarse sin que el artista que lo practique sea necesariamente lo que la tradición llama cuerdo.

Al final de su vida, para seguir pintando, Gauguin pudo prescindir de la vista pero no de la mano, igual que



Beethoven, quien pudo prescindir del oído pero no de la mano con tal de seguir componiendo. La mano de un artista es esencial en el arte y para el arte.

Ante un lienzo en proceso no pueden faltar ni el ojo ni la mano, ni pueden faltar la huella del ojo ni de la mano del pintor que lo trabaja. Detrás de la lente de una cámara fotográfica a punto de disparar no puede faltar el ojo del fotógrafo como no puede faltar sobre el botón disparador la yema de un dedo de su mano.

Rafael López Castro tuvo la idea de fotografiar el proceso de creación de los doce cuadros que integran las *Correspondencias* de Vicente Rojo. No quería registrar la obra terminada sino su proceso, el proceso que partió de la mano del pintor a punto de obedecer la indicación de su mente a través de su ojo sobre el lienzo en blanco, a la mano del pintor cargada de sensibilidad y de un momento a otro en acción sobre las formas, las manchas, los relieves y las texturas, sobre las pausas del pintor, las dudas, las rectificaciones, las iluminaciones que fueron elaborándose de un instante a un día, a un año, de esbozos guardados durante años a su representación en el espacio, de premoniciones trazadas, incubadas, a realizaciones plasmadas, rectificadas, modificadas, confirmadas, finalmente asentadas. Húmedas, secas. Móviles, fijas. La

mano en acción, el cuerpo entero la vía de expresión del espíritu del artista, de un pintor, de Vicente Rojo, las sillas, una silla, las mesas, los materiales determinados, los aleatorios, la ropa manchada, los zapatos manchados, autorretratos captables por la cámara de Rafael López Castro, sombras, de tan velozmente que se desenvuelve el movimiento del pintor, la acción, la puesta en marcha de los conceptos en una corriente también onírica, formas abstraídas hasta su fusión en sueños autorretratos. El brazo, el perfil. Un retrato completo de él de frente, sentado contra el respaldo azul de una silla de madera de pino en el rincón del estudio, de espaldas al bosque de pirules chinos, esculturas, un caballo de feria, una escalera, tierra, hojas, piedras, el mundo que lo pinta a él y que no es imaginable sin él.

De siete mil disparos López Castro seleccionó menos de cien fotografías que imprimió para exhibir a la entrada a manera de prólogo a las salas de exposición de las *Correspondencias* de Vicente Rojo, consistentes en Cartas, Mensajes, Cartas grabadas y un Juego de cartas para niños, pintura, escultura, grabado, en el Centro Cultural de Indianilla, anteriormente Estación de Servicio de Ferrocarriles de la Ciudad de México. Esta muestra estará abierta hasta septiembre de 2009.

